

NOTAS

1. Como viene relatado en el periódico de la Comuna de París:
“El jueves, a las nueve de la mañana, el 137º batallón perteneciente al undécimo distrito, se presentó en la calle Folie-Mericourt; requisaron y tomaron la guillotina, hicieron trizas la horrorosa máquina, y la quemaron ante el aplauso de una inmensa multitud.”
“La quemaron al pie de la estatua del defensor de Sirven y Calas, el apóstol de la humanidad, el precursor de la Revolución Francesa, al pie de la estatua de Voltaire.
Esto ha sido anunciado más tarde mediante la siguiente proclamación:
“Ciudadanos,
“Nos han informado de la construcción de un nuevo tipo de guillotina encargada por el odioso gobierno [i. e. el gobierno republicano de Adolphe Thiers], una que es más rápida y más fácil de transportar. El Sub-Comité del distrito undécimo ha ordenado el decomiso de estos instrumentos serviles de la dominación monárquica y ha votado que la destruyan para siempre jamás. Por lo tanto la estarán quemando a las 10 en punto del 6 de abril de 1871, en la Plaza de la Mairies, para la purificación del distrito y la consagración de nuestra nueva libertad”.
2. Como hemos argumentado en otros lugares, fetichizar “el gobierno de la ley” sirve con frecuencia para legitimar atrocidades que de otra manera serían percibidas como abominables e injustas. La historia nos muestra una y otra vez cómo el gobierno centralizado puede perpetrar la violencia en una escala mucho más grande que cualquier cosa que se levante en un “caos desorganizado”.
3. Nauseabundantemente, al menos un contribuyente a la publicación Jacobin ha incluso intentado rehabilitar a este precursor de los excesos del Stalinismo, con la pretensión de que una religión oficiada desde el Estado podría ser preferible al ateísmo autoritario. La alternativa tanto a las religiones autoritarias como a las ideologías autoritarias que promueven la islamofobia y cosas similares, no es la imposición de una religión por un Estado autoritario, si no la construcción de solidaridad de base en torno a las líneas políticas y religiosas de defensa de la libertad de pensamiento.

“Soy anarquista. Nos han colgado en Chicago, electrocutado en Nueva York, guillotinado en París y estrangulado en Italia, y me iré con mis compañeros. Me opongo a tu Gobierno y a tu autoridad. Abajo con ellos. Haced lo peor. Larga vida a la Anarquía”

-Chummy Fleming

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

The Guillotine At Work, GP Maximoff

I Know Who Killed Chief Superintendent Luigi Calabresi, Alfredo M. Bonanno

Critique's Quarrel with Church and State, Edgar Bauer



Hans y Sophie Scholl y Christoph Probst.

Por qué la Comuna de París quemó la guillotina, y por qué nosotrxs también debemos hacerlo.

mejor para todxs —incluyendo a nuestrxs enemigxs, o al menos a sus hijxs. De otra manera, corremos el riesgo de convertirnos en lxs proximxs jacobinxs, en lxs próximxs profanadorxs de la revolución.

“La única venganza real que podríamos tener sería la realizada a través de nuestros propios esfuerzos para dirigirnos hacia la felicidad”

-William Morris, en respuesta a los llamamientos de venganza por las agresiones policiales a lxs manifestantes en Trafalgar Square.

APÉNDICE: LXS DECAPITADXS

La guillotina no acabó su recorrido al concluir la Revolución Francesa, ni cuando fue quemada en la Comuna de París. De hecho, hasta 1977, en Francia ha sido empleada como un medio del Estado para ejecutar la pena capital. Una de las últimas mujeres guillotinadas en Francia fue ejecutada por realizar abortos. Los nazis guillotinaron alrededor de 16.500 personas entre 1933 y 1945 —una cifra similar a las personas asesinadas durante el clímax del Terror en Francia.

Alguna de las víctimas de la guillotina:

- Ravachol (François Claudius Koenigstein), anarquista.
- Auguste Vaillant, anarquista.
- Emile Henry, anarquista.
- Sante Geronimo Caserio, anarquista.
- Raymond Caillemin, Étienne Monier y André Soudy, todos anarquistas participantes en la Banda Bonnot.
- Mécislas Charrier, anarquista.
- Felice Orsini, quién intentó matar a Napoleón III.
- Hans y Sophie Scholl y Christoph Probst —miembros de la Rosa Blanca, una organización juvenil antinazi clandestina activo en Munich en 1942-1943.

Proponemos que todas las personas que habitamos el planeta hoy, podríamos vivir —si no *bien*, al menos *mejor*— en armonía y progresar si no fuéramos forzadx a competir por el poder y los recursos en los juegos de suma cero de la política y la economía.

Deja que sean lxs antisemitas y otrxs intolerantes lxs que describan al enemigo como un *tipo* de gente, personificando como el Otro a todo lo que temen. Nuestro adversario no es un tipo de ser humano, si no la forma de relaciones sociales que imponen el antagonismo entre pueblos como el modelo fundamental para la política y la economía. Abolir la clase dirigente no significa guillotinar a toda persona que posea un yate o un ático; significa hacer imposible que cualquier persona pueda ejercer de forma sistemática un poder coercitivo sobre otra. Cuando eso ocurra, ningún yate o ático quedará vacío por mucho tiempo.

En relación a nuestrxs adversarixs inmediatxs —aquellos seres humanos que están determinados a mantener el orden existente a cualquier precio— aspiramos a derrotarlos, no a exterminarlos. No obstante, por muy egoístas y rapaces que puedan parecer, al menos algunos de sus valores son similares a los nuestros, y la mayoría de sus errores —como los nuestros— derivan de sus miedos y debilidades. En muchos casos se oponen a las propuestas propias de la izquierda precisamente por medio de lo que es intrínsecamente incoherente en ellxs, como, por ejemplo, la idea de promover la comunión de toda la humanidad por medio de la coerción violenta.

Incluso cuando estamos en medio de un enfrentamiento físico con nuestrxs adversarixs, debemos mantener una profunda fe en su potencial, ya que algún día esperamos relacionarnos con ellxs de una forma diversa. Como aspirantes a la revolución, esta esperanza es nuestro recurso más valioso, el fundamento de todo lo que hacemos. Si el cambio revolucionario debe extenderse a toda la sociedad y a todo el mundo, aquellxs contra lxs que luchamos hoy tendrán que luchar junto a nosotrxs mañana. No predicamos la conversión a golpe de pistola, ni pensamos que persuadiremos a nuestrxs adversarixs en un mercado abstracto de ideas. Más bien, aspiramos a interrumpir las formas con las que el capitalismo y el Estado se reproducen actualmente, mientras manifestamos las virtudes de nuestra alternativa de forma inclusiva y contagiosa. No existen atajos cuando se trata de cambios duraderos.

Precisamente porque a veces es necesario emplear la fuerza en nuestras luchas con los defensores del orden existente, es especialmente importante que nunca perdamos la perspectiva de nuestras aspiraciones, nuestra compasión y nuestro optimismo. Cuando nos vemos compelidxs a usar la fuerza coercitiva, la única justificación posible es que sea un paso necesario de cara a crear un mundo

EL 6 DE ABRIL DE 1871, HACE HOY 148 AÑOS, LXS PARTICIPANTES ARMADXS en la revolucionaria Comuna de París “incautaron” la guillotina que había sido instalada junto a la prisión de París. Después de haberla llevado a los pies de la estatua de Voltaire, la hicieron pedazos y la quemaron en una hoguera ante el aplauso de una inmensa multitud¹. Esta acción popular surgida desde las bases no fue un espectáculo organizado por políticxs. Por aquellos tiempos, la Comuna controlaba París, dónde todavía vivían todas las personas pertenecientes a todas las clases sociales; el ejército francés y el prusiano, después de haberla rodeado, se estaban preparando para invadirla con el objetivo de imponer el gobierno republicano conservador de Adolphe Thiers. En aquellas circunstancias, quemar la guillotina fue un gesto de repudio tanto al Reino del Terror como a la idea de que un cambio social positivo pudiese lograrse masacrando a la gente.

“¿Qué!” podrías exclamar escandalizado, “¿lxs *communards* quemaron la guillotina? ¿Por qué diablos harían eso? ¿Pensaba que la guillotina era un símbolo de liberación!”

¿Por qué, de hecho? Si la guillotina no es un símbolo de liberación, entonces ¿por qué se ha convertido en un motivo recurrente para la izquierda radical en los últimos años? ¿Por qué internet está lleno de memes con la guillotina? ¿Por qué The Coup cantan “We got the guillotine, you better run”? (“Tenemos la guillotina, más te vale correr”). El periódico socialista más famoso se llama *Jacobin*, en honor a lxs primerxs partidarixs de la guillotina. Ciertamente, todo esto no puede ser únicamente una parodia irónica de las persistentes ansiedades de la derecha sobre la Revolución Francesa.

La guillotina ha entrado a formar parte de nuestro imaginario colectivo. En un período en el que las fisuras internas de la sociedad se expanden hacia la guerra civil, la guillotina es la encarnación de una venganza sangrienta sin compromiso alguno. Representa la idea de que la violencia del Estado puede ser algo bueno con la condición de que *la gente justa* estuviese en el poder.

Aquellxs que dan por hecho su propia impotencia o falta de poder asumen que pueden promover fantasías de venganza terribles sin ninguna consecuencia. Pero si de verdad tenemos la intención de cambiar el mundo, nuestro deber es asegurarnos que nuestras propuestas no sean igual de terribles.

VENGANZA

No sorprende que hoy la gente quiera venganzas sanguinarias. El negocio capitalista está haciendo el planeta inhabitable rápidamente. Lxs policías de la Patrulla Fronteriza de EEUU están secuestrando, drogando y apresando a niñxs. Constantemente se producen actos de violencia racista y machista. Para muchas personas la vida cotidiana es cada vez más humillante y desempoderadora.

Aquellas personas que no desean venganza porque no son lo suficientemente compasivas o solidarias para indignarse con la injusticia; o porque *simplemente no están prestando atención*, no merecen ningún crédito. Hay menos virtud en la indiferencia que en los peores excesos de venganza.

¿Me quiero vengar de lxs policías que asesinan a gente impunemente, de lxs billonarixs que se enriquecen a costa de la explotación y la gentrificación, de lxs intolerantes que acosan y ciberacosan? Pues sí que quiero. Han asesinado a gente que conocía y están intentando destrozarse todo aquello que amo. Cuando pienso en el daño que están causando, tengo ganas de romperles los huesos y matarles con mis propias manos.

Pero ese deseo es contrario a mis postulados políticos. Puedo desear algo sin necesidad de tener que realizar ingeniería inversa de una justificación política para ello. Puedo desear algo y elegir no cumplir ese deseo si aspiro a algo que está por encima—en este caso una revolución anarquista no basada en la venganza. No juzgo a otras personas por desear venganza, especialmente si han vivido o viven cosas peores que las que yo haya podido vivir. Sin embargo, no confundo este deseo con una propuesta emancipadora.

Si el tipo de sed de sangre que describo te asusta, o simplemente te parece indecoroso, entonces no deberías frivolizar acerca de *otra* gente que lleva a cabo el homicidio industrializado en tu nombre.

Porque esto es lo que distingue a la fantasía de la guillotina: se trata de eficiencia y distancia. Aquellxs que fetichizan la guillotina no quieren matar a otras personas con sus propias manos; no están preparadxs para desgarrar la carne de otrxs con sus propios dientes. Quieren que su venganza esté automatizada y se la proporcionen otrxs. Son como aquellxs que comen McNuggets despreocupadamente pero después no podrían despedazar a una vaca o talar la selva. Prefieren que el derramamiento de sangre se lleve a cabo de una manera reglamentada, con el papeleo burocrático formalmente relleno, de la misma manera que hicieron jacobinos y bolcheviques a imitación del funcionamiento impersonal del Estado capitalista.

LIBERAR, NO EXTERMINAR

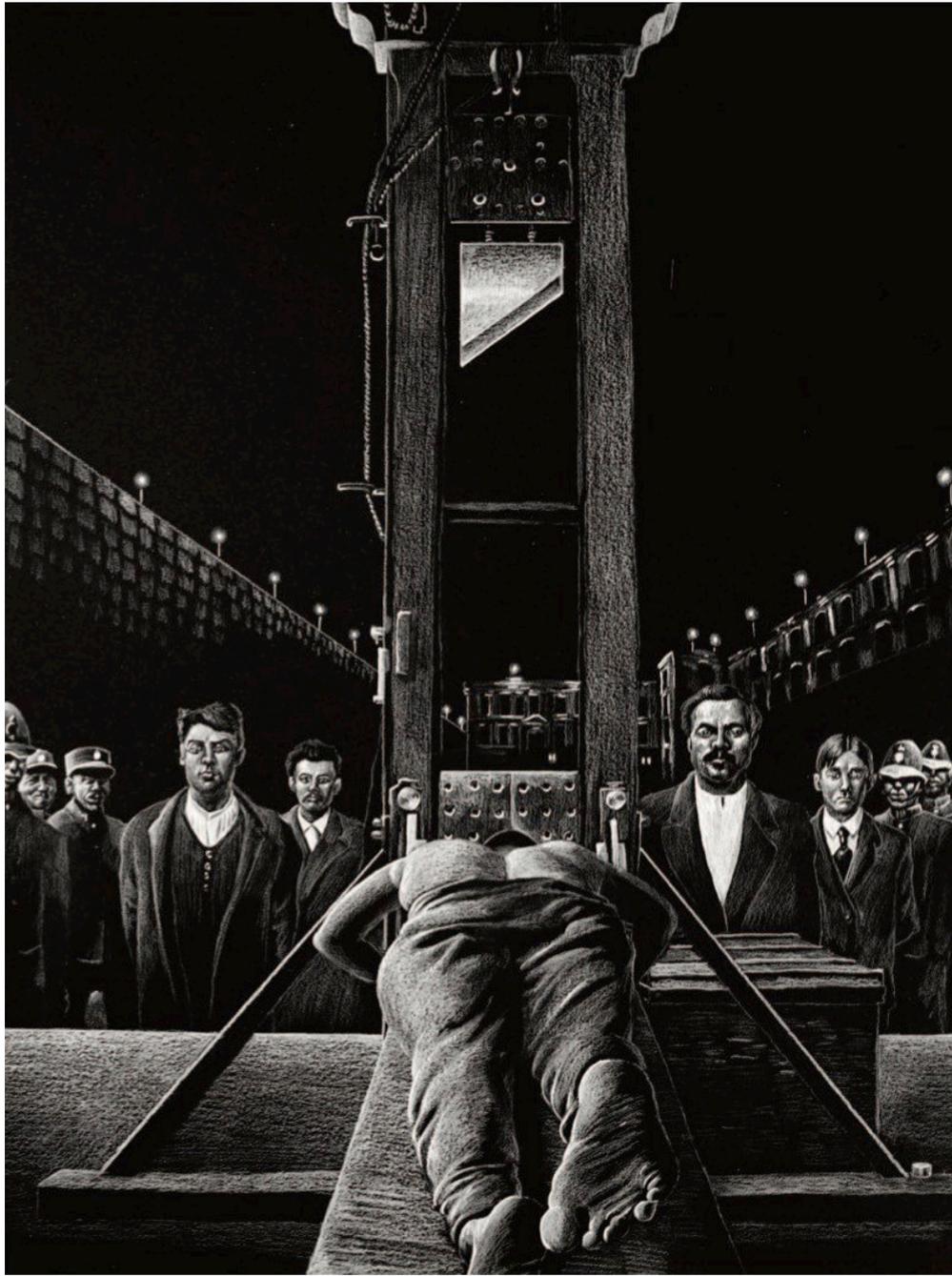
“Infundir esperanza a la mayoría oprimida y temor a la minoría opresora, este es nuestro cometido. Si hacemos lo primero e infundimos esperanza a la mayoría, la minoría habrá de temer esa esperanza; no queremos asustarlos de otro modo: no es venganza lo que queremos para los pobres, sino felicidad; porque en efecto, ¿qué venganza podría tomarse por tantos miles de años de sufrimientos de los pobres?”

-William Morris, “Cómo vivimos y cómo podríamos vivir”

Por tanto, repudiamos la lógica de la guillotina. No queremos exterminar a nuestrxs enemigxs. No creemos que la manera de crear armonía es eliminar a toda persona que no comparta nuestra ideología. Nuestra visión es un mundo en el que caben muchos mundos. Como dijo el subcomandante Marcos: un mundo en el cual la única cosa que no sea posible es dominar y oprimir.

El Anarquismo es una propuesta para *todxs* interesada en cómo podríamos hacerlo para mejorar nuestras vidas: trabajadorxs y desempleadxs, gente de todas las etnias, géneros y nacionalidades —o carentes de ellas—, ya sean pobres o millonarixs. La propuesta anarquista no trata de proteger los intereses de un grupo frente a los de otro: ni se trata de una forma de enriquecer a lxs pobres a expensas de lxs ricxs, o de empoderar a una etnicidad, nacionalidad o religión en detrimento de otras. Toda esta forma de pensar es parte de lo que estamos intentando escapar. Todos los “intereses” que supuestamente caracterizan a las diferentes categorías de gente son producto del orden prevaleciente y deben ser transformados junto a éste, y no preservados o consentidos.

Desde nuestra perspectiva, incluso las posiciones más altas de riqueza y de poder disponibles en el orden existente no tienen ningún valor. Nada de lo que nos ofrece el estado y el capitalismo tiene valor alguno. Proponemos una revolución anarquista en base a que se satisfagan los anhelos que el orden existente no puede satisfacer: el deseo de aportar a nosotrxs y a nuestros seres queridos sin que sea a expensas de otras personas, el deseo de ser valoradxs en base a nuestra creatividad y carácter, y no en base a cuánto lucro podemos generar, el anhelo de estructurar nuestras vidas alrededor de lo que es profundamente alegre y gozoso en lugar de en torno a imperativos de competitividad.



Weekly Drawing by Théophile Bouchet: Execution of an Anarchist

André Soudy, Edouard Carouy, Octave Garnier, Etienne Monier.

Y una cosa más: no quieren asumir ninguna responsabilidad sobre ello. Prefieren expresar su fantasía irónicamente, pudiendo negarla cuando resulte conveniente para ellxs. No obstante, cualquiera que haya participado alguna vez en revueltas políticas es consciente de la delgada línea que hay entre fantasía y realidad. Echemos un vistazo al rol “revolucionario” que ha jugado la guillotina en el pasado.

“¡Pero la venganza es impropia de un/a anarquista! El mañana, nuestro mañana, no quiere rencillas, crímenes, mentiras; sino que afirma la vida, el amor y el conocimiento; trabajamos para precipitar ese día.”

-Kurt Gustav Wilckens—anarquista, pacifista y asesino del coronel Héctor Varela, el oficial argentino que comandó la masacre de alrededor de 1500 trabajadorxs en Patagonia.

UNA MUY BREVE HISTORIA DE LA GUILLOTINA

La guillotina se asocia con políticas radicales porque se empleó en la Revolución Francesa para decapitar a Luis XVI unos meses después de su arresto, el 21 de enero de 1793. Sin embargo, una vez que abres la caja de Pandora de la fuerza exterminadora es difícil volverla a cerrar.

Habiéndose empezado a usar la guillotina como un instrumento de cambio social, Maximilien de Robespierre, presidente del club de los jacobinos, continuó empleándola para consolidar el poder de su facción política del gobierno republicano. Como es común en lxs demagogxs, Robespierre, Georges Danton, y otrxs radicales se sirvieron de la asistencia de lxs *san-culottes*, lxs pobres enfadadxs, para expulsar a los girondinos, la facción más moderada, en junio de 1793. (Los girondinos también eran jacobinos; si quieres a un jacobino, lo mejor que puedes hacer por él es evitar que su facción llgue al poder, puesto que lo más probable es que sea el siguiente en ir paredón después de ti).

Tras guillotinar en masa a los girondinos, Robespierre consolidó su poder a expensas de Danton, lxs *sans-culottes*, y cualquier otrx.



**NO ME
IMPORTA QUIÉN
ESTÉ A CARGO
MIENTRAS APLAQUE
MI SED DE SANGRE!**

Criticando el modelo de lucha armada adoptada por grupos jerarquizados y autoritarios en la Italia de los 70, Alfredo Bonanno y otros insurreccionalistas enfatizan que la emancipación sólo podrá ser alcanzada a través de métodos de resistencia horizontales, descentralizados y participativos.

“Es imposible hacer la revolución sólo con la guillotina. La venganza es la antecámara del poder. Cualquiera que quiera vengarse necesita un líder. Un líder que les conduzca a la victoria y que restablezca la justicia herida”

-Alfredo Bonanno, *El Placer Armado*

Juntxs, una multitud que se rebela puede defender una zona autónoma o ejercer presión sobre las autoridades sin necesidad de un liderazgo jerárquico y centralizado. Donde esto no resulte posible —cuando la sociedad se ha fragmentado en dos bandos dispuestos a eliminarse el uno al otro a través de medios militares— uno no puede hablar ya de revolución, sino de guerra únicamente. La premisa de la revolución es que la subversión se puede extender dentro de las líneas enemigas desestabilizando posiciones fijas, debilitando las alianzas y asunciones que apuntalan la autoridad. Nunca deberíamos tener prisa por emprender la transición desde el fermento revolucionario a la guerra. Hacerlo reduce las posibilidades más que expandirlas.

Como herramienta, la guillotina da por hecho que es imposible transformar las relaciones con el enemigo y que sólo es posible abolirlas. Es más, la guillotina asume que la víctima se halla plenamente subyugada al poder de aquellxs que la emplean. La guillotina es un arma diseñada para lxs cobardes si la contrastamos con los actos de valentía colectiva que se han logrado en levantamientos populares, pese a todas las adversidades.

Al rechazar la matanza al por mayor de nuestros enemigos, dejamos abierta la posibilidad de que algún día se unan a nuestro proyecto de transformar el mundo. La autodefensa es necesaria, pero siempre que podamos deberíamos asumir el riesgo de dejar con vida a nuestrxs enemigxs. El no hacerlo garantiza que no seríamos mejores que lxs peores de entre ellxs. Desde una perspectiva militar, esto es una desventaja; pero es el único camino si de verdad aspiramos a la revolución.

EN VEZ DE LA GUILLOTINA

Evidentemente, no tiene sentido apelar a una naturaleza más amable de nuestros opresores hasta que no hayamos logrado que les sea imposible beneficiarse de oprimirnos. La cuestión es cómo lo logramos.

Los apologetas de los jacobinos nos discutirán que bajo aquellas circunstancias fue necesario *algún* derramamiento de sangre para el progreso de la causa revolucionaria. Prácticamente todas las masacres revolucionarias de la historia han sido justificadas en base a su necesidad —así es cómo la gente siempre justifica las masacres. Aún si fuese necesario un mínimo de derramamiento de sangre, esto no debe de ser una excusa para considerar como valores revolucionarios el cultivar las masacres y arrogarse privilegios. Si deseamos ejercer la fuerza coercitiva de manera responsable cuando no queda otra opción, hemos de cultivar al mismo tiempo la repulsión hacia ella.

¿Nos han ayudado alguna vez las masacres para avanzar en nuestra causa? Ciertamente, las (comparativamente) pocas ejecuciones que *han* realizado los anarquistas —como los asesinatos del clero pro-fascista durante la guerra civil española— han permitido a nuestros enemigos retratarnos de la peor manera, incluso siendo ellos responsables de un número diezmil veces mayor de asesinatos. A lo largo de la historia, los reaccionarios siempre han considerado hipócritamente a los revolucionarios con una doble vara de medir: perdonando por un lado al Estado por haber matado a millones de civiles mientras por el otro condenan a los insurgentes por poco más que romper una ventana. La cuestión no es si nos han hecho populares, si no si esta gente tiene lugar en un proyecto de emancipación. Si lo que buscamos es una transformación más que una conquista, debemos evaluar nuestras victorias bajo una lógica diferente a aquella de la policía y de los militares a los que nos enfrentamos.

Esto no es un argumento contra el uso de la fuerza. Se trata más bien de cuestionar cómo emplear la fuerza sin crear nuevas jerarquías, nuevas formas de opresión sistemática.

La imagen de la guillotina es propaganda para la típica organización autoritaria que se sirve de esta herramienta particular. Cada herramienta implica las formas de organización social que son necesarias para su empleo. En sus memorias, *Bash the Rich* (Apalea al Rico), Ian Bone, veterano del tabloide *Class War*, cita al miembro de la Angry Brigade John Barker cuando dijo que “los molotovs son mucho más democráticos que la dinamita”, sugiriendo que deberíamos de analizar cada herramienta de resistencia en función a cómo estructura el poder.

“El gobierno revolucionario no tiene nada que ver con la anarquía. Al contrario, su meta es suprimirla para asegurar y consolidar el reino de la ley”

—Maximilien de Robespierre, distinguiendo su gobierno autocrático de aquellos movimientos radicales de base que contribuyeron a la Revolución Francesa.²

A inicios de 1794, Robespierre y sus aliados mandaron a la guillotina a un gran número de gente que era, como poco, tan radical como ellos, incluyendo a Anaxagoras Chaumette y a los llamados Enragés, a Jacques Hébert y a los denominados Hébertistas, a la proto-feminista y abolicionista Olympe de Gouges, o a Camille Desmoulins (que tuvo la osadía de sugerir a Robespierre, amigo de su infancia, que “el amor es más fuerte y duradero que el terror”) y a su esposa, ejecutada por precaución, a pesar de que su hermana fue novia de Robespierre. Los jacobinos también promovieron el guillotinado de Georges Danton y sus seguidores, junto a otros antiguos aliados. Para celebrar este derramamiento de sangre, Robespierre organizó el Culto del Ser Supremo, una ceremonia pública obligatoria que inauguraba una religión de Estado inventada.³

Tras esto, sólo pasó un mes y medio hasta que el mismo Robespierre fue asesinado, habiendo exterminado a muchos de aquellos que lucharon a su lado contra la contrarrevolución. Esto allanó el terreno a un período de reacción que culminó con Napoleón Bonaparte conquistando el poder y aut coronándose Emperador. De acuerdo al calendario republicano francés (una innovación que no arraigó pero que estuvo brevemente en funcionamiento durante la Comuna), la ejecución de Robespierre tuvo lugar durante el mes de Termidor. Consecuentemente, desde entonces el nombre Thermidor se ha asociado al comienzo de la contrarrevolución.

“Robespierre terminó con la Revolución en tres embestidas: la ejecución de Hébert, la ejecución de Danton, y el Culto del Ser Supremo...La victoria de Robespierre, lejos de salvarla, simplemente significó una caída más profunda e irreparable.”

—Louis-Auguste Blanqui, él mismo opositor a duras penas de la violencia autoritaria.

Pero es un error centrarse únicamente en Robespierre. El mismo Robespierre no era un tirano sobrehumano. En la mejor de las hipótesis, él era un ferviente servidor que desempeñó un rol por el que innumerables revolucionarixs lucharon, un rol que habría desenvuelto otra persona si él no lo hubiese hecho. El problema es sistémico —la competición por un poder dictatorial centralizado— no una forma equivocada de actuación individual o personal.

La tragedia de 1793-1795 confirma que cualquiera que sea el instrumento empleado para llevar a cabo la revolución, éste se volverá contra ti posteriormente. Pero el problema no es sólo el instrumento, es la lógica que se halla tras de él. Más que demonizar a Robespierre —o a Lenin, Stalin o a Pol Pot— hemos de analizar *la lógica de la guillotina*.

En cierta manera, podemos entender por qué Robespierre y sus contemporáneos terminaron dependiendo de una herramienta política de asesinato en masa. Estaban amenazadxs por una invasión militar extranjera, conspiraciones internas y levantamientos contrarrevolucionarios; tomaban decisiones en un ambiente altamente estresante. Pero si es posible entender cómo llegaron a adoptar la guillotina, es imposible argumentar a favor de que todos los asesinatos fueron necesarios para asegurarse su posición. Sus propias ejecuciones refutan este argumento de forma suficientemente elocuente.

Asimismo, es erróneo pensar que la guillotina fue principalmente empleada contra las clases dirigentes, incluso en el clímax del gobierno jacobino. Al ser burócratas consumados, los jacobinos mantenían registros detallados. Entre junio de 1793 y finales de julio de 1794, 16.594 personas fueron oficialmente sentenciadas a muerte en Francia, incluyendo a 2.639 en París. De todas las sentencias de muerte formalizadas bajo el Terror, sólo el 8 por ciento afectó a la aristocracia y el 6 por ciento a miembros del clero; el resto se dividen entre las clases medias y las pobres, procediendo de las clases bajas la gran mayoría de las víctimas.

Lo sucedido en la Revolución Francesa no fue una mera coincidencia. Medio siglo después, la revolución de 1848 siguió una trayectoria semejante. En febrero, una revolución protagonizada por gente pobre enfurecida entregaron el poder del Estado a los políticos republicanos; en junio, cuando la vida bajo el nuevo gobierno mejoró un poco con respecto a la vida previa bajo la monarquía, la gente de París se rebeló una vez más y los políticos ordenaron al ejército que les masacrara en nombre de la revolución. Esto favoreció el escenario para que el sobrino de Napoleón ganase las elecciones presidenciales de diciembre de 1848, prometiendo “restaurar el orden”. Tres años después, tras haberse exiliado todos los políticos reppublicanos, Napoleón tercero abolió la República y se coronó Emperador —inspirando la famosa frase de Marx de que “la historia se repite, la primera vez como tragedia y la segunda como farsa”.

humanos específicos más que contra fenómenos sociales. Externalizamos el problema como algo fuera de nuestro alcance, personificándolo como un enemigo que puede ser sacrificado para purificarnos simbólicamente. Por ello, aquello que hacemos a lxs peores de nosotrxs, acabaremos por sufrirlo nosotrxs mismxs.

La guillotina como un símbolo de venganza nos tienta a imaginarnos en medio de un juicio, ungidxs con la sangre de lxs malvadxs. La economía cristiana de la justicia y la condena es esencial para este cuadro. Por el contrario, si la usamos para simbolizar algo, la guillotina debería prevenirnos del peligro de convertirnos en lo que odiamos. Lo mejor sería ser capaces de luchar *sin odio*, a partir de una creencia optimista en el gran potencial de la humanidad.

Muchas veces, todo lo que se precisa para dejar de odiar a una persona es lograr que sea imposible que esa persona suponga una amenaza para ti. Es despreciable matar a alguien cuando éste se encuentra bajo tu poder. Este es el momento crucial de cualquier revolución, el momento en que lxs revolucionarixs tienen la oportunidad de desempeñar una violencia gratuita para exterminar más que para simplemente vencer. Si no pasan esta prueba, su victoria será más ignominiosa que cualquier fracaso.

El peor castigo que alguien pueda inflingir a aquellxs que hoy nos gobiernan y controlan sería hacerles vivir en una sociedad en la cual todo lo que han hecho se considera vergonzoso —sentarse en asambleas en las que nadie les escucha, continuar la vida entre nosotrxs sin privilegios especiales, con plena conciencia del daño que han causado. Si queremos fantasear sobre algo, hagámoslo sobre la creación de movimientos tan fuertes que apenas tengamos que matar a nadie para derribar al Estado y abolir el capitalismo. Esto es algo mucho más valioso para nuestra dignidad como partidarixs de la liberación y emancipación de todas las personas.

Es posible comprometerse plenamente con la lucha revolucionaria sin devaluar el precio de la vida. Es posible romper con el moralismo santurrón del pacifismo y no por ello tener que desarrollar una sed de sangre sin escrúpulos. Necesitamos desarrollar la habilidad de ejercer la fuerza sin nunca confundir el poder sobre otrxs con nuestro verdadedor objetivo, lo que implica crear colectivamente las condiciones para la libertad de todxs.

“Que la humanidad pueda ser redimida de la venganza: éste es, para mí, el puente hacia la esperanza suprema y la calma después de la tempestad”.

-Friedrich Nietzsche (no es particularmente un partidario de la emancipación pero sí uno de los principales teóricos de los peligros de la vengatividad).

Ahora que la Unión Soviética lleva extinta casi treinta años —y vista la dificultad de recibir puntos de vista de primera mano de la clase trabajadora explotada de China— mucha gente en Norteamérica experimenta el socialismo autoritario como un concepto totalmente abstracto, tan distante de su experiencia vital como las ejecuciones en masa en la guillotina. Al desear no sólo venganza sino también un *deus ex machina* para ser rescatadxs tanto de la pesadilla del capitalismo como de la responsabilidad de crear por sí mismxs una alternativa a éste, imaginan al estado autoritario como a un héroe que podría luchar en su nombre. Recordemos lo que dijo George Orwell en su ensayo “Dentro de la Ballena” sobre los cómodos escritores stalinistas británicos de la década de 1930:

“Para la gente de ese tipo, cosas como las purgas, la policía secreta, las ejecuciones sumarias, los encarcelamientos sin juicio, etc., suenan demasiado lejanas como para ser terroríficas. Ellxs pueden tragar el totalitarismo porque no tienen ninguna experiencia de ninguna otra cosa que no sea el liberalismo”.

CASTIGANDO A LXS CULPABLES

“Confía en visiones en las que no haya barreños de sangre”

—Jenny Holzer

En general, tendemos a ser más conscientes de las injusticias cometidas contra nosotrxs que de las injusticias que cometemos contra otrxs. Somos más peligrosxs cuando más sufrimos la injusticia porque nos sentimos con más derecho de juzgar, de ser crueles. Cuanto más justificadxs nos sentimos, más cuidado hemos de tener en no replicar los patrones de la máquina de la justicia, las asunciones del estado carcelario, la lógica de la guillotina. Nuevamente, eso no justifica la falta de acción; simplemente significa que debemos de proceder de modo más crítico precisamente cuando más justificadxs nos sentimos, para no acabar asumiendo el papel de nuestros opresores.

Se hace más complicado reconocer las formas que tenemos de participar en esos fenómenos, cuando nos vemos a nosotrxs mismxs luchando contra seres

Asimismo, Adolphe Thiers masacró despiadadamente la Comuna de París después de que la revolución de 1870 le colocara en el poder, y esto favoreció que políticos todavía más reaccionarios le suplantasen en 1873. En cada uno de estos tres casos vemos cómo lxs revolucionarixs que aspiraron a hacerse con el poder del Estado debieron abrazar *la lógica de la guillotina* para hacerlo, y después, tras haber acabado brutalmente con otrxs revolucionarixs de acuerdo a consolidar su control, fueron a su vez inevitablemente derrotadxs por fuerzas más reaccionarias.

En el siglo XX, Lenin desbribió a Robespierre como un bolchevique *avant la lettre*, afirmando el Terror como un antecedente inspirador del proyecto bolchevique. De hecho, no fue el único en traer a colación esta analogía.

“Seremos nuestro propio Thermidor”, afirmó el apologista bolchevique Victor Serge cuando evoca a Lenin preparándose para masacrar a los rebeldes de Kronsdtadt. En otras palabras, habiendo aplastado a lxs anarquistas y a toda persona posicionada más a su izquierda, lxs bolcheviques sobrevivirían a la reacción convirtiéndose ellxs mismxs en la contrarrevolución. Ya habían introducido jerarquías fijas en el ejército rojo para reclutar ex-oficiales zaristas; junto a su victoria frente a los insurgentes de Kronsdtadt, reintrodujeron el libre mercado y el capitalismo bajo control del Estado. Eventualmente, Stalin asumió la posición que Napoleón había ocupado previamente.

Por tanto, la guillotina no es un instrumento de emancipación. Esto ya estaba bien claro en 1795, un siglo antes de que lxs bolcheviques iniciasen su propio Terror, y cerca de dos siglos antes de que los jemerer rojos exterminasen a casi un cuarto de la población de Camboya.

Entonces, ¿por qué la guillotina se ha vuelto a poner de moda como un símbolo de resistencia a la tiranía? La respuesta nos enseñará sobre la psicología de nuestro tiempo.

FETICHIZANDO LA VIOLENCIA DEL ESTADO

Es escandaloso que todavía a día de hoy haya radicales que se asocian con los jacobinos, una tendencia que era reaccionaria hacia finales de 1793. Pero no es fácil ofrecer una explicación de esto. Por aquel entonces como ahora, hay personas que se quieren imaginar como radicales sin realmente tener que realizar una ruptura radical con las instituciones y las prácticas a las que están familiarizadas. Como dijo Marx, “la tradición de todas las generaciones muertas pesa como una pesadilla en los cerebros de los vivos”.

“es aquella comunidad humana que, dentro de un determinado territorio (el

“territorio” es elemento distintivo), reclama (con éxito) para sí el monopolio de la violencia física legítima. Lo específico de nuestro tiempo es que a todas las demás asociaciones e individuos sólo se les concede el derecho a la violencia física en la medida en que el Estado lo permite. El Estado es la única fuente del “derecho” a la violencia.”

Entonces una de las formas más persuasivas de demostrar su soberanía es ejercer fuerza letal con impunidad. Esto explica los varios relatos que dan cuenta de que las decapitaciones públicas fueran observadas como acontecimientos festivos o incluso religiosos durante la Revolución Francesa. Antes de la Revolución, las decapitaciones eran afirmaciones de la autoridad sagrada del monarca; durante la Revolución, esto confirmaba la soberanía de los representantes de la República cuando presidían las ejecuciones —en nombre del Pueblo, por supuesto. Robespierre proclamó: “Luis debe morir para que la nación pueda vivir”, buscando de esta manera santificar el nacimiento del nacionalismo burgués por medio de bautizarlo literalmente con la sangre del orden social previo. Una vez que la República fue inaugurada sobre este fundamento, la República requirió continuamente de sacrificios para afirmar su autoridad.

Aquí vemos la esencia del Estado: *puede matar, pero no puede dar vida*. En tanto concentración de legitimidad política y fuerza coercitiva, puede causar daño, pero no puede establecer el tipo de libertad positiva que experimentan lxs individu@s cuando se fundamentan en comunidades que se apoyan mutuamente. No puede crear el tipo de solidaridad que origina la armonía entre personas. Lo que le hacemos a otrxs usando al Estado, otrxs pueden hacérselo a nosotr@s usando al Estado —como le pasó a Robespierre— pero nadie puede usar el aparato coercitivo del estado para la causa emancipatoria.

Para lxs radicales, fetichizar la guillotina es como fetichizar el Estado: significa celebrar un instrumento homicida que siempre será usado principalmente contra nosotr@s.

Aquellxs que han sido privadxs de una relación positiva hacia su propia agencia frecuentemente buscan algo que la sustituya para identificarse con eso: un líder cuya violencia pueda proporcionar la venganza que ellxs desean como consecuencia de su propia impotencia o desempoderamiento. En la era de Trump, todxs sabemos lo que esto supone entre los defensores de las políticas de extrema derecha. Pero también hay gente en la izquierda que se siente impotente y enfadada, gente que desea venganza, gente que quiere ver cómo el estado que les ha aplastado se vuelva contra sus enemigxs.

Recordar a lxs “tankies” (stalinistas de “línea dura”) las atrocidades que cometieron lxs socialistas estatistas a partir de 1917 es como llamar racista y sexista a Trump. Divulgar el hecho de

que Trump es un agresor sexual en serie sólo lo ha hecho más popular entre su base misógina. Asimismo, la historia bañada en sangre del socialismo autoritario de partido sólo puede tornarlo más atrayente para aquellxs que se ven motivados por el deseo de identificarse con algo poderoso.

— “Anarquistas en la Era de Trump”

